

LOUIS DE WOHL

LA LUZ APACIBLE

*Novela sobre Santo Tomás de Aquino
y su tiempo*

18^a
EDICIÓN



ARCADUZ
PALABRA

LOUIS DE WOHL

LA LUZ APACIBLE

Novela sobre
Santo Tomás de Aquino y su tiempo

Título original: The quiet light

Colección: Arcaduz

© Louis de Wohl, 1983

© Ediciones Palabra, S.A. 2014

Paseo de la Castellana, 210 - 28046 MADRID (España)

Telf.: (34) 91 350 77 20 - (34) 91 350 77 39

www.palabra.es

epalsa@palabra.es

© Traducción: Joaquín Esteban Perruca

Diseño de cubierta: Marta Tapias

Diseño de ePub: Erick Castillo Avila

ISBN: 978-84-9061-080-0

Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares de Copyright.

INTRODUCCIÓN

Dice el Padre Walter Farrell, dominico, en su excelente Guía de la Suma Teológica[*], que «no cuesta mucho admirar a santo Tomás de Aquino cuando se le contempla representado en el esplendor de una vidriera catedralicia», pero que, si se presentara de pronto en un club o en una tertulia de intelectuales de nuestro tiempo, «el recibimiento no sería muy caluroso; se le toleraría como algo curioso o divertido, pero nadie intimaría con él». Y no por culpa suya, desde luego, sino porque nos hemos forjado una idea equivocada de este gran santo de la Edad Media. Para los que saben algo de su vida, Tomás de Aquino fue «un pensador abstracto, de lógica implacable y fría, que extraía conclusiones de ciertos principios con la precisión e insensibilidad de una computadora... Carecía de pasiones, porque era un santo; de corazón, porque se aferraba tercamente a la verdad; de imaginación, porque era un metafísico; de humanidad, porque se apartó del mundo...». Y para quienes conocen o dicen conocer algo de su obra, tampoco sus escritos tienen demasiado interés, porque «sus investigaciones no iban dirigidas a descubrir nuevas vitaminas ni explosivos; no tenía nada que decir sobre la manera de aumentar los salarios; no criticó al hombre y a la sociedad, y nunca puso en duda la existencia de Dios...». Además, «escribió demasiado». En poco más de veinte años redactó 891 lecciones sobre los libros de Aristóteles, 803 sobre la Sagrada Escritura, 850 capítulos sobre los Evange-

lios, 463 de la *Suma contra gentiles*, 2.991 artículos sobre el Maestro de las Sentencias, 1.200 opúsculos, 510 cuestiones disputadas... Solo una de sus obras —la *Suma Teológica*, sin duda la más famosa, pero no por eso la mejor conocida— ocupa cinco volúmenes in-folio de apretado texto. ¿Cómo leer todo eso?... Para colmo, Tomás de Aquino vivió en una época que nada tiene que ver con la nuestra y, además, apenas conoció el mundo, pues pasó toda su vida entre los muros de diversos conventos...

Ni qué decir tiene que tal imagen de su vida y de su obra es falsa. Ciertamente, no tuvo una existencia agitada, pictórica de avatares y aventuras, como otros santos —la suya fue serena, apacible y laboriosa, sin espectáculo—, pero no era en absoluto frío y calculador, sino tierno, fogoso, generoso y amable. Además, estuvo en el centro mismo de las grandes polémicas intelectuales de su tiempo y, de alguna manera, por sus lazos de familia y de sangre, íntimamente relacionado con los principales acontecimientos del siglo XIII, uno de los más apasionantes y apasionados siglos de todas las épocas.

El gran mérito de Louis de Wohl, autor de esta biografía novelada de Tomás de Aquino, es precisamente ese: haber encuadrado al santo en el marco de su tiempo, pero no de una manera rígida y estática, sino llena de vida y de movimiento, como en una película. No en vano Louis de Wohl es autor de varias novelas que han sido llevadas a la pantalla.

La tarea no era fácil. Pienso que, cuando Su Santidad el Papa Pío XII, en 1948, exhortó a este autor católico de origen alemán, nacionalizado inglés, para

que se animara a escribir una biografía de santo Tomás de Aquino, al escritor se le plantearía un difícil dilema: pergeñar una hagiografía erudita, fría y académica, repleta de datos y de citas, o, por el contrario, realizar una obra de divulgación, amena y entretenida. Escogió esta segunda vía, llevando a cabo una tarea de auténtica recreación, es decir, una biografía novelada o, si se quiere, una auténtica novela.

Porque conviene aclarar que este libro, sin dejar de ser una biografía, es también, como su autor indica, una novela en torno a la figura de santo Tomás de Aquino. Hay en él personajes reales, que han existido, y otros de ficción, que no existieron nunca. El fondo de la obra es rigurosamente histórico, así como los acontecimientos que en ella se narran, pero, paralelamente a esos acontecimientos —o, mejor dicho, inserta en ellos— discurre una trama novelesca. El libro, pues, está en la línea de la novela histórica, que tantos adeptos tiene y tanto gusta a un público cada vez más numeroso.

Ahora bien, dicho esto, surgen inevitablemente unas cuantas dudas: ¿No es una frivolidad convertir en novela una biografía de santo Tomás de Aquino? ¿Cabe dar un tratamiento novelesco a una figura tan excelsa? ¿No restará méritos al autor? ¿No rebajará la categoría de la obra?...

A mi modo de ver, todo depende de la talla del escritor y del propósito que le haya guiado al escoger ese camino.

Indudablemente, Louis de Wohl no ha pretendido escribir una hagiografía para devotos ni una biografía para eruditos. Su intención era otra: dar a conocer a un

público numeroso —lo más amplio posible— la vida y la obra de santo Tomás de Aquino, a menudo tristemente deformadas, mediante un libro ameno, interesante y atractivo.

¿Lo ha conseguido? El lector juzgará cuando lo haya leído. Yo solo adelantaré dos cosas: una, que pocas veces he disfrutado tanto traduciendo un libro y que garantizo al lector que, leyéndolo, le sucederá lo mismo; otra, que el autor es un espléndido escritor y que esta obra en nada disminuye su talla, sino que la confirma. Ya es hora de que nos convenzamos de que la divulgación no rebaja a nadie ni lo desprestigia, y que poner al alcance de todos, honestamente, lo que parece difícil es una tarea necesaria, imprescindible y dignísima. Pienso que películas como «Un hombre para la eternidad» o novelas como «La Canción de Bernadette» han hecho más por dar a conocer a santo Tomás Moro o a la vidente de Lourdes que infinidad de obras eruditas, devotas o pías, sin quitar mérito ni valor a ninguna de estas.

Lo que está claro, en cualquier caso, es que en las páginas de este libro santo Tomás de Aquino cobra vida y que, después de haberlo leído, dejará de ser para el lector una vaga figura de museo o una estantigua.

* * *

Hay, sin embargo, algunos puntos en los que no estará de más insistir, por si al lector le pasan inadvertidos. Uno de ellos es que, al escoger el camino de la biografía novelada, Louis de Wohl no ha querido hacer alarde de una erudición que sin duda posee, pero que ha puesto en sordina. El lector corre el peligro, por

eso, de pasar por alto muchas cosas importantes que subyacen escondidas en las páginas de este libro. Porque la obra admite dos lecturas distintas: una, rápida y receptiva; otra, reposada y reflexiva. Las dos pueden ser provechosas, pero la segunda planteará al lector una serie de preguntas sobre los acontecimientos que se narran, las ideas que se barajan, los personajes históricos que van apareciendo y la cronología respectiva. Su interés le llevará, tal vez, a tratar de contestar a esas preguntas acudiendo a una enciclopedia o a otros libros de consulta. Pues bien, para facilitarle la labor, hemos incluido al final de la obra un cuadro cronológico en el que se relacionan las fechas más destacadas en la vida de santo Tomás con los acontecimientos más señalados, así como una breve síntesis biográfica de los principales personajes históricos que se citan.

Hay otro aspecto de la obra que también merece la pena señalar, y es que santo Tomás de Aquino solo ocupa, en apariencia, una pequeña parte de la trama novelesca. El lector podría pensar que los principales protagonistas son Sir Piers Rudde —personaje de ficción en el que Louis de Wohl ha querido plasmar el ideal del caballero cristiano de la Edad Media— o Theodora de Aquino, hermana del santo, y esa pléyade de figuras históricas —reyes y plebeyos— que llenan de vida las páginas del libro. No es así, sin embargo, pues la figura colosal de santo Tomás de Aquino, aunque no esté presente en muchas de ellas, las ilumina todas con su luz apacible, una luz firme, potente, serena e inextinguible, que marcó el camino recto a los hombres de su tiempo y a las generaciones futuras.

Quizá lo único que no quede suficientemente claro en este libro sea precisamente eso: el significado actual, perenne, permanente, que la vida y la obra de santo Tomás de Aquino tiene para los hombres de todas las épocas, y, naturalmente, también de la nuestra. Por mucho que se diga, la naturaleza humana no ha cambiado en absoluto y la humanidad, aunque se vista con otros ropajes y utilice nuevas técnicas, sigue teniendo los mismos problemas, afrontando los mismos peligros e incurriendo en los mismos errores que hace cinco, diez, quince o veinte siglos.

¿Cuáles eran los peligros con que tuvo que enfrentarse santo Tomás? Los mismos que tiene que afrontar el hombre de nuestro tiempo: Caer en un idealismo utópico o en un cerrado materialismo; separar la fe de la razón y la religión de la vida; escandalizarse ante la existencia del mal en el mundo o adoptar una actitud de rebelión demoníaca; dividir a los hombres en «buenos y «malos»; desconfiar absolutamente de la razón o entronizarla como soberana absoluta; fiarse solo de los sentidos o desconfiar de lo que nos revelan; ser ateo o fideísta...

Tomás de Aquino, en efecto, tuvo que enfrentarse con la corriente del idealismo platónico, que amenazaba con deshumanizar al cristianismo; con la deformación averroísta de la filosofía de Aristóteles, que desembocaba inevitablemente en un panteísmo materialista; con la aberrante doctrina de la existencia de dos verdades distintas, una filosófica y otra teológica, separadas e incluso opuestas, que tendía a apartar radicalmente la fe de la razón y la religión de la vida; con un incipiente cientificismo, que negaba valor a todo

aquello que no fuera fruto de la experiencia sensible; con el siempre renovado riesgo del maniqueísmo, que dividía a los hombres en «puros» e «impuros», convertía al mundo material en algo esencialmente malo, corrompido, y daba pie al resurgir de todos los fanatismos...

Esta lucha titánica, colosal, que mantuvo el Doctor Angélico queda suficientemente expuesta en las páginas de este libro. No obstante, si el lector se siente con ánimos de ampliar sus conocimientos sobre el pensamiento de santo Tomás, yo le recomendaría que leyese algún manual en el que se exponga con claridad la filosofía tomista[1]. Así comprenderá mejor por qué su pensamiento sigue estando vigente y se dará cuenta de que, si los hombres, hoy, nos equivocamos a menudo, es porque, en el fondo, todos los errores actuales no son más que ecos o variantes de los que él combatió en su tiempo.

Y es que, como dijo Chesterton, la única filosofía verdadera —es decir, auténtica— es la filosofía tomista, pues los seguidores de otras muchas obran sin contar con ellas: «Ningún escéptico obra escépticamente, ningún pesimista, de manera fatalista; todos, sin excepción, renuncian a obrar de acuerdo con aquello que proclaman. Los materialistas dicen que su propia mente ha sido hecha de barro, sangre y herencia, pero no renuncian a formarse su propia mentalidad. Los escépticos afirman que la verdad es subjetiva, pero obran como si fuera objetiva... Por eso, la mayor parte de las filosofías modernas no son filosofías, sino dudas sobre la posibilidad misma de hacer filosofía...»[2].

La Iglesia, con su sabiduría de siglos, ha recomendado siempre la filosofía tomista como guía segura para no extraviarse por los tortuosos senderos del pensamiento. Decía el Cardenal Billot, jesuita, que una de las cosas que más le admiraban era la insistencia con que todos los Papas, desde finales de la Edad Media hasta nuestros días, han venido insistiendo en este punto. «Esta singularidad me indica por sí sola —añadía— que no se trata de algo dependiente del arbitrio humano, ni de escuela, ni de partido, ni de opiniones personales de este o aquel Pontífice, sino de algo que se refiere a la misma Cátedra fundada por Jesucristo y garantizada por Él hasta el fin de los siglos... *Es, en suma, el mismo Pedro, por boca de sus sucesores, quien hace esta singular recomendación...*»[3].

Ojalá la lectura de este libro anime al lector a familiarizarse con la figura admirable del Doctor Angélico y a conocer mejor su pensamiento. Porque, como dice Walter Farrell en la ya citada *Guía de la Suma Teológica*, santo Tomás de Aquino no es, en absoluto, una hermosa figura decorativa, ni sus obras, solo útiles para prestigiar una biblioteca. «Están providencialmente señaladas para responder a las necesidades de nuestra época, ya que ninguna otra ha necesitado tanto respuestas categóricas que permitan actuar con coherencia y establecer un modelo de vida; ninguna ha ignorado hasta tal punto el significado de la existencia, cómo debe ser vivida, cómo hacer de ella un éxito».

Joaquín Esteban Perruca

[*] Ediciones Palabra, S.A., Madrid 1982, Vol. 1, Primera Parte, Cap. I.

[1] Por ejemplo, el titulado *Filosofía Cristiana*, de José M. de Torre, Ediciones PALABRA, Madrid 1982.

[2] GK Chesterton, *Santo Tomás de Aquino*, Espasa Calpe, S.A. PP 176-177

[3] Citado por el P. Santiago Ramírez, O.P. en su Introducción a Tomás de Aquino, BAC Minor, pp. 266-611.

LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO I

Cuando sucedió aquello, el Hermano Vicente se encontraba leyendo el oficio divino; eran las primeras horas de la tarde, su mente estaba despejada —y por eso también errabunda— y él se hallaba solo en el huerto, que, lleno de hermosura y encendido de aromas, cantaba las glorias del Señor con tales vestiduras que harían avergonzarse al mismo Salomón.

Sí, fue entonces cuando sucedió aquello, y lo primero que advirtió el Hermano Vicente fue algo muy extraño en la sombra que proyectaba el muro del jardín. Una sombra que hubiese debido ser larga y recta, pero que no lo era, porque mostraba en el borde una especie de excrecencia que quebraba la armonía del conjunto.

Aquello inquietó al Hermano Vicente lo bastante como para acercarse un poco más. Entonces comprobó que la excrecencia tenía una forma absurda; semejaba la cabeza de un macho cabrío, con sus cuernos, orejas y todo lo demás. Sí, un macho cabrío... Pero ¿cómo podía asomarse por encima de una tapia de nueve pies de altura?

El Hermano Vicente se esforzó por concentrarse en su breviario; en lo más profundo de su mente empezó a percibir algo así como el sonido de una campana de alarma: permanece atento a tu oficio y olvídate de sombras, excrecencias y chivos... Leyó unas líneas

más, pero, enseguida, le sobrevino la tentación de echar otro vistazo a aquella sombra inconcebible.

Efectivamente, parecía la cabeza de un cabrito y, al mismo tiempo, no. Y se movía...

El Hermano Vicente no pudo resistir ya más y se volvió: Allí estaba. Era real. Pero no era un chivo ni un cabrito. ¿Qué era, pues?

Tenía un rostro largo, melancólico, amarillento y delgado. Orejas puntiagudas y... sí, tenía cuernos, cortos y rectos, que terminaban como en unas bolas; los ojos, entreabiertos... Pero lo más espantoso es que crecía y subía, crecía y subía todo el tiempo. Aquella cabezota sobresalía ya varios pies por encima de la tapia, pero lo que crecía y crecía no era la cabeza, sino el cuello, un cuello interminable, larguísimo y amarillento, salpicado de extrañas manchas parduscas.

El Hermano Vicente permaneció inmóvil contemplando aquello, fascinado. Y vio aquel horrible cuello alargándose más y más, desmesuradamente, como ningún animal podía hacerlo. Semejaba una cabeza diabólica, maligna, balanceándose sobre un cuerpo de serpiente...

De pronto, un par de negras manos aparecieron sobre el muro, e, inmediatamente, un hombrecillo también negro se irguió en él, gesticulando y mostrando unos dientes que competían en blancura con la de su turbante. Luego, señaló con el índice aquella extraña cosa, cuyo cuello seguía alargándose, y gritó con voz chirriante:

—¡Jirafa! ¡Jirafa!

Aquella cosa no había emitido el menor sonido.

Con un trémulo y profundo suspiro, el Hermano Vicente logró dominar sus nervios. «*Vade retro*», murmuró. «*Vade retro, Satanas*». Y se santiguó. Aquello no pareció ejercer ningún efecto sobre la cosa ni sobre su negro acompañante, pero sirvió para que él se recobrara. Dio un salto y echó a correr, tan deprisa como se lo permitían sus piernas y sus setenta años, hacia el interior del monasterio.

* * *

Francesco Tecchini, Abad de Santa Justina, estaba estudiando una bella copia del *Organon* de Aristóteles. Se trataba, por supuesto, de la traducción hecha por Boecio, no de la edición arábiga comentada por Averroes que últimamente tanta popularidad había alcanzado en determinados círculos eclesiásticos: una mezcla de verdades aristotélicas y herejías averroístas que algún día acabarían por arruinar el buen nombre del Estagirita... ¡Si al menos alguien se atreviera a limpiar ese establo de Augeas! Alguien capaz de probar a aquellos engreídos filósofos musulmanes que, si Aristóteles levantara la cabeza, se burlaría de sus falsas y fatalistas interpretaciones...

—¡Padre Abad! ¡Padre Abad!

—Al Padre Abad no se le puede ver ahora. Está ocupado en...

—¡Tengo que verle!

—Hermano León, dejad entrar al Hermano Vicente...

Apenas el Abad hubo pronunciado estas palabras, el anciano se precipitó en su celda.